

consideraciones. Suministróse los últimos auxilios espirituales el Padre Fray José María Rojas, del colegio de Zatecas y que supongo es el mismo eclesiástico que sirvió de secretario al Dr. Valentin, para el acto de la degradación de Hidalgo.—La noche del 30 al 31 de Julio toda la guarnición de Chihuahua entró en movimiento, notándose en los cuarteles agitación, y reconcentrándose en el Hospital mayor número de fuerzas. Los habitantes sospechando de lo que se trataba (porque no se anunció al pueblo el día señalado para la ejecución) corrió en tropel al edificio, en donde se encontraba el héroe, á fin de averiguar el objeto de aquel movimiento. Toda indagación fué inútil, ante la severa consigna de los centinelas, impasibles éstos, solo se ocupaban de retirar al pueblo del Hospital, sin dar contestación á las preguntas que se les hacían. En esta mortal angustia pasaron toda la noche los habitantes, de aquella capital. La hora señalada por el comandante militar Salcedo se aproximaba; los encargados de anunciar al caudillo su sacrificio, se presentaron en la prisión acompañados de ese aparato aterrador, escogitado solo para hacer más cruel la agonía del ajusticiado. Tranquilo el caudillo, y sin notarse ninguna alteración en su semblante, recibiólos con su acostumbrada dignidad, conociendo el objeto que los llevaba. Sirviósele en el acto el desayuno, y habiéndosele puesto ménos cantidad de leche, pidió que se le sirviese la misma de siempre.

Concluido que hubo el desayuno, se levantó con la mayor tranquilidad y dirigiéndose á los que esperaban, les manifestó estar pronto á marchar. Colocado en el centro de los que le acompañaban, salió con paso firme para el campo, abandonando la miserable habitación que por más de tres meses habia ocupado. El punto designado para

hacer la ejecución, fué un segundo patio situado á espaldas del Hospital, y que se hallaba comunicado por el interior con aquel edificio, no habiendo necesidad de conducirlo por la calle.

Con paso seguro, aunque lento, caminaba el caudillo, y próximo ya al lugar del suplicio, se contuvo para suplicar á uno de los que le acompañaban, le trajese unos dulces que por olvido habia dejado debajo de su almohada. En el acto partió uno á cumplir con el encargo, esperándolo Hidalgo allí hasta que volviese. Tan luego como los recibió, se dirigió á los soldados que lo custodiaban que eran los designados para fusilarlo, y repartiéndolo entre ellos los dulces les suplicó no le hiciesen fuego á la cabeza.

El cuadro que en aquellos momentos presentaba el patio del Hospital, era verdaderamente aterrador. Rodeado el caudillo por una competente escolta, marchaba ésta en cuadro, llevándolo en su centro y dejándose solo escuchar en medio de aquel pavoroso silencio, el ruido que producían las cadenas arrastradas por la víctima. Esta fatídica escena se hallaba iluminada por la siniestra luz que arrojaban unas cuantas teas, conducidas por varios soldados.

La voz de *alto* dada por el que mandaba aquella fuerza, hizo conocer á Hidalgo, que habia llegado al término de su expedición y que momentos despues, habria consumado su sacrificio. Allí, sin que se percibiese ninguna alteración ni en su voz, ni en su semblante, reiteró su súplica á los soldados á fin de que no le hiriesen en la cabeza, manifestándoles que para que dirigieran sus tiros con acierto, el se colocaría la mano derecha sobre el corazón, sentándose acto continuo en el banquillo del sacrificio. Sus verdugos, asombrados al contemplar el esforzado espíritu de

aquel anciano, en que veía á la muerte con extraordinaria tranquilidad, permanecían en el más profundo silencio.

Momentos despues, vióse que el héroe colocaba con gran naturalidad su mano derecha sobre el corazon; el oficial de la escolta hizo una señal de antemano convenida, escuchóse una fuerte detonacion y....., aún permanecía sentado el caudillo luchando con horribles convulsiones..... Una segunda detonacion se repitió, siendo lanzado Hidalgo al suelo....., aún vivia; se necesitaba que apurase el caudillo la copa de todos los dolores, de todos los sufrimientos, para conquistar la completa libertad de independencia de sus hijos..... Pero los verdugos necesitaban consumir su obra; una tercera descarga se hizo, apoyando los soldados las bocas de los fusiles sobre el pecho de la víctima..... instantes despues, el cadáver del ilustre héroe de Dolores, nadaba en un lago de sangre. Así concluyó el inmortal Hidalgo su brillante carrera, creyendo sus enemigos que al cortar aquella preciosa existencia, terminarian con el movimiento nacional, porque en él veían personificada nuestra independencia. ¡Ceguera lamentable los verdugos, al cortar aquella existencia, también cortaron las cadenas que nos ataban el viejo continente..... La luz del nuevo día, 31 de Julio, iluminó el cuadro más hermoso, el más conmovedor, multitud de familias postradas rodeaban el cadáver del héroe: los hijos lloraban la pérdida de su padre.

Pero aquellos verdugos no quedaron satisfechos con derramar la sangre del ilustre caudillo; necesitaban para saciar su sed de venganza, el cometer actos de verdadera barbarie, solo propios del salvaje. Por orden del comandante militar, el verdugo separó aquella venerable cabeza de su cuerpo para ser expuesta á los insultos de la solda-

desca realista, inhumándose el cadáver ya mutilado en la capilla de tercera orden de San Francisco.

La muerte de este ilustre caudillo, considerada bajo el punto de vista de la empresa que se propuso realizar, vino á darle un poderoso impulso, porque con su sacrificio reanimó el espíritu de sus sucesores, dando una prueba evidente de la santidad de la causa que invocaba, á la vez que los realistas sufrían una fuerte decepcion, porque no esperaban encontrar en aquellos caudillos tan elevado patriotismo.

El manifiesto (más bien dicho) la rétraccion que en nombre de Hidalgo se hizo circular por los que le habian formado su proceso, y que he insertado en los documentos, no se le puede considerar como auténtica en ningun sentido, por las mismas razones que ya aduje para juzgar nulas y de ningun valor las declaraciones que se dice fueron rendidas por el caudillo. Esta clase de documentos, aún en asuntos de ménos importancia que el presente, eran generalmente hechos por el sacerdote encargado de administrar los últimos auxilios espirituales al paciente ó al reo, y que las más veces los suscribian sin conocimiento de causa.

Ni un solo momento perdió Hidalgo su tranquilidad, viendo acercarse la hora del sacrificio con una serenidad y resignacion admirables. El acto de pedir que se le sirviese en el desayuno la misma cantidad de leche que le acostumbraban poner; el repartir los dulces á los soldados, suplicándoles no le hiriesen en la cabeza, sino dirigiéndole los tiros al punto en donde él colocase la mano, prueban

una entereza y energía de espíritu verdaderamente extraordinarias.

Las décimas que la víspera de morir escribió con carbon en su pieza, corroboran más lo dicho, á la vez que prueban que el caudillo no olvidaba ni aún en los momentos de morir los más ligeros servicios que se le habían prestado. Estas décimas, escritas por su mano tuvieron por objeto manifestar su gratitud á D. Melchor Guaspe y cabo Ortega, por las consideraciones con que lo habían tratado durante el largo período de su prision, y que la historia debe conservarlas en sus páginas. Hé aquí las referidas décimas, siendo muy sensible que una de ellas no esté completa:

Primera décima.

Ortega, tu crianza fina,
Tu indole y estilo amable
Siempre te harán apreciable
Aún con gente peregrina.
Tiené proteccion divina
La piedad que has ejercido
Con un pobre desvalido
Que mañana va á morir
Y no puede retribuir

Ningun favor recibido.

Segunda.

Melchor, tu buen corazon
Ha adunado con pericia

Lo que pide la justicia
Y exige la compasion.

.....
Das consuelo al desvalido

En cuanto te es permitido,

Partes el postre con él,

Y agradecido Miguel

Te da las gracias rendido.

Tambien se encontró escrito en la pared de su pieza el siguiente apotegma: "*La lengua guarda el pezcuezo.*"

En el documento que se publicó en aquella época referente á la muerte del caudillo (y que he insertado) en él se dice que fué ejecutado el 29 de Julio; no es esto exacto: se le pasó por las armas el treinta y uno del mismo mes del año de 1811.

El acto de cortar la cabeza de Hidalgo, dispuesto por el comandante militar, prescindiendo de lo que tiene de bárbaro y repugnante, es de advertirse que esto no consultó el asesor Bracho en su sentencia, y que evidentemente fué ordenada por el Virey ó el brigadier Calleja, porque de otra suerte no lo hubiera dispuesto el comandante Salcedo. La misma observacion debe hacerse respecto de Allende y Aldama, á quienes tambien se les mutiló. Más tarde veremos que objeto tuvo esta atroz disposicion.

Antes de dar á conocer al lector los nuevos héroes á quienes encomendó Hidalgo siguiésen sosteniendo la causa nacional, demostrándoles la senda que él recorrió para llegar á la inmortalidad, demos una ojeada á lo que hizo este ilustre caudillo en solo cuatro meses, desde que proclamó la Independencia el 16 de Setiembre de 1810, en

su curato de Dolores, hasta el 17 de Enero de 1811, en que se retiró, batido en el Puente de Calderon por el brigadier Calleja.

Es verdaderamente extraordinario que un humilde sacerdote, de avanzada edad, enfermo, sin nombre, sin antecedentes; sin ninguna clase de prestigio, sin conocimientos militares, ni recursos de ninguna especie, acometiese la empresa de derribar á un gobierno que era dueño absoluto del país; de todos sus elementos y establecido por casi trescientos años. La Historia no nos suministra un ejemplo igual; por lo ménos yo no lo recuerdo. Los grandes hombres que ella nos presenta, unos han sido educados en la guerra, otros en la política; y cuando no han concurrido en ellos estas circunstancias, al ménos han contado con el vigor y fuerza que dan la poca edad y con elementos más ó ménos eficaces.

Si Hidalgo, adoptando la teoría (de aquellos que solo pretenden insultar su memoria), se hubiese concretado á solo proclamar la independencia en su cuarto y permanecer en él hasta no poder presentar á su enemigo un cuerpo de ejército bien disciplinado y abastecido de todo lo necesario, habria sido destruido evidentemente por el ejército realista en momentos. Rodeado de fuerzas enemigas, que habrian marchado en el acto, de Celaya, Querétaro, Morelia, Guanajuato y San Luis Potosí, sobre él, el movimiento en su cuna hubiera terminado.

La empresa verdaderamente extraordinaria de Hernan Cortes en nada excede á la de nuestro caudillo. Aquel venia acompañado de quinientos hombres, todos bien armados y equipados, sin tener ningun enemigo á retaguardia al desembarcar, con quien combatir, en absoluta libertad para saltar en tierra cuando él quisiera ó creyese

conveniente; entrando en relaciones de paz con los primeros que se encontró; aprovechando de una manera muy hábil sus disenciones intestinas, y explotando con un tacto, verdaderamente singular, los elementos del enemigo. La inmensa ventaja de sus armas sobre la de sus adversarios, no solo por el destrozo que en ellos hacia, sino principalmente por el terrible espanto que les causaba su efecto, siendo ménos el que les producía la caballería, eran otros tantos recursos de gran valia para su empresa. En nuestro héroe sus armas eran unas cuantas lanzas mal construidas: su ejército, al emprender el movimiento, no llegaba á cincuenta hombres; recursos y elementos de guerra, solo contaba con los que le pudiese quitar al enemigo. Iniciada una vez la revolucion y colocado en el centro de Nueva España, en que el enemigo lo rodeaba por todas partes, su situacion era comprometidísima; pero lejos de sucumbir á los obstáculos y de huir de sus adversarios, arrolla los primeros con extraordinaria energía y marcha, con la celeridad del rayo, en pos de sus contendientes. No cuenta el número, ni toma en consideracion los elementos del contrario, porque ante su poderoso génio todo se doblega, todo se ayasalla. Las operaciones que efectuó en cuatro meses, haciéndose de las principales provincias como Guanajuato, Valladolid, San Luis, Zacatecas y toda la Nueva Galicia, recorriendo un inmenso trayecto, desde las orillas de esta capital, hasta Guadalajara, poniendo en una completa conflagracion á casi todo el país, y obligando al gobierno colonial á que evacuase las plazas á las que él se aproximaba, agotando los cuantiosos recursos de un gobierno secular y próximo casi á derrocarlo, sin entrar en transacciones ni arreglos de ninguna especie sino haciendo una guerra clara y terminante á los que se opusie-

sen á sus ideas, ésto evidentemente solo un hombre extraordinario, un verdadero génio pudo realizarlo. Los bandos y decretos que hizo publicar entre el ruido de las batallas y el humo de los cañones, jamás serán bastante elogiados, principalmente el de abolicion de la esclavitud. ¿A qué elogios no es acreedor el redentor de miles de esclavos en los Estados-Unidos? ¿su nombre no es ya inmortal? Pues cincuenta y siete años ántes, un débil anciano fué el primero, que en el Continente Americano, levantó la voz en defensa del esclavo, de la humanidad ultrajada. Si los grandes hombres ocupan en la Historia el lugar de preferencia, Hidalgo aumentará en ella, evidentemente el catálogo de sus héroes.

En el análisis que Alaman hace en el tomo II, pág. 218 del proceso y muerte de Hidalgo, se concretó á solo presentar al lector algunas de las contestaciones, que dice fueron dadas por el caudillo en sus declaraciones, y que favorecen sus ideas y modo de pensar en sentido realista. Si este historiador, considerando como auténticos esos documentos, se apoya en ellos, debió valorizar con entera imparcialidad, tanto lo favorable como lo adverso en ellos contenido. Si yo he hecho mencion de estos y cito algunas de sus contestaciones, no es porque las considere fehacientes, sino porque citando los enemigos del héroe lo que á su fin conviene, natural es hacer uso de esas mismas armas para batirlos.

En sus reflexiones sobre la revolución (tomo II, pág. 209), entra á examinar muy detenidamente, el movimiento de Hidalgo, su progreso y finales consecuencias. A fin de que el lector tenga una idea de esas reflexiones, paso á ocuparme de ellas, en el mismo orden en que el autor las presenta.

En el primer párrafo, el autor citado manifiesta "el grande incremento que dió el caudillo á la revolucion en solo seis meses, conquistando á su causa las provincias más importantes de Nueva España, uniéndose á su bandera una gran parte de las fuerzas realistas, como eran los cuerpos de la Reina, Príncipe, Páscuaro, Aguascalientes, de Nuevo Santander, Nuevo Leon, Coahuila y Texas, y disponiendo de grandes recursos, tanto de la Real Hacienda, como de la Iglesia," conquistas que, en verdad, solo un hombre de génio puede obtenerlas en tan corto tiempo, tomando en consideracion los escasísimos y débiles recursos con que contaba el caudillo al emprender su movimiento.

En su segundo párrafo dice: "que fueron inmensos los medios de que pudieron disponer Hidalgo y sus compañeros, para verificar la Independencia. Que la opinion de la parte sensata de la poblacion estaba favorablemente inclinada á la Independencia, porque abrigaban la creencia de que España sucumbiría al ejército de Napoleon; y para confirmacion de ésto, cita la carta que, en lo reservado dirigió Calleja á Venegas desde Guadalajara," documento que ya conocen nuestros lectores.

En el tercero y cuarto hace referencia de la indiferencia con que veia el Virey á los que la sostenian, no concediéndoles premios y gracia por su comportamiento, así como el egoísmo de los españoles para ayudar y socorrer al ejército realista, siendo este el motivo para que el brigadier Calleja propusiese á Venegas que se obligase á todos los europeos indistintamente, á tomar las armas, hasta la edad de sesenta años, lo que sería al mismo tiempo una garantía de fidelidad de las mismas tropas americanas." Luego, si la parte sensata de la poblacion de Nueva España se inclinaba por la Independencia, ¿cómo es que este histo-

riador nos dice que este movimiento fué extemporáneo y que lo retardó? No es exacto que los realistas estuviesen todos por ella; el lector ha visto los cuantiosos recursos que éstos dieron al Virrey y á Calleja, para combatir á los independientes, jamás de buena voluntad, ni mucho menos habrían cooperado los dominadores á perder su influencia y dominio, cediendo á los criollos su ventajosísima posición; estas creencias solo las podía abrigar un niño.

En el quinto párrafo, Alaman se admira y pregunta: "¿Cómo contando el caudillo con tan poderosos medios de acción, con la opinión que le favorecía, la débil resistencia del enemigo, *en vez de obtener un completo triunfo pronto*, habiendo llegado casi hasta la capital; perdiendo lo que había conquistado, tiene que huir al extranjero, y sorprendido en su fuga, *muere miserablemente en un patíbulo*?" A primera vista parece de gran peso esta pregunta de Alaman; pero si entramos á examinarla, veremos que no tiene tal fuerza. Ya he dicho que la opinión del partido realista, no le era favorable. Ciertamente es que se hizo de poderosos recursos, pero quitándoselos de las manos á sus enemigos, y con ellos logró hacerse de la parte más interesante de la Nueva España, en un espacio de tiempo tan corto relativamente, que sorprenden y pasman sus operaciones, y más aún cuando tenía un enemigo que encarnizadamente y sin tregua lo perseguía. Dice este historiador que debía haber obtenido Hidalgo *un pronto triunfo*. Varias son las reflexiones que se pueden hacer á esta observación. En primer lugar, una empresa de la magnitud, como de la que se trata, no era posible realizarla en corto tiempo; revoluciones en que no se atacan intereses tan vitales como en la de Independencia, hemos visto á los contendientes luchar por largo tiempo para conseguir su objeto. Una do-

minación que tiene siglos de establecida, que goza de grande influencia, que dispone de inmensos recursos y que cuenta, no solo con la fuerza armada, sino con todo el partido realista, es verdaderamente difícil destruirlas en poco tiempo. Esta dificultad sabe de punto si se reflexiona, que los que le declararon la guerra, carecían de prestigio, de recursos y de fuerzas. No sé cómo Alaman, persona de elevada inteligencia y práctico en los negocios, censura al caudillo por no haber obtenido un pronto triunfo; y tanto más es esto de llamar la atención, cuanto que el mismo historiador deprime, hasta donde puede, al partido independiente, llamándoles chusmas, sin orden ni disciplina, ladrones y asesinos, armados de hondas, lanzas y palos; elogiando á los realistas, como un modelo de ejército disciplinado y muy notable por la aptitud de sus jefes. ¿Podría esperarse, como dice Alaman, el que alcanzase con estos elementos y condiciones Hidalgo un pronto triunfo? Esto raya casi en lo imposible. Pero lo más singular es que el mismo historiador, nos dice á renglón seguido: que era muy débil la resistencia que oponía el partido realista al enemigo por su egoísmo: que el caudillo contaba con poderosos recursos y con la opinión favorablemente preparada á su causa. ¿Cómo entender esto? ¿Era por fin, el partido realista fuerte ó débil? ¿tenía ó nó elementos? ¿era generoso ó egoísta? ¿Y el partido independiente, era compuesto solo de chusmas sin elementos, ni armas, y sin prestigio? Entonces ¿cómo exigirle un violento triunfo? No es posible explicar esto.

El autor citado dice que el caudillo iba de huida al extranjero, y *que sorprendido en su fuga muere miserablemente en un patíbulo*. Que un extranjero enemigo de México estampase tales errores y emitiese tan indignas apre-

ciaciones no sería nuevo, pero que un mexicano se exprese de este modo, es insoportable. Es falso, falsísimo que Hidalgo marchase fugado; iba en busca de nuevos elementos para seguir luchando, no abandonaba su empresa, y tanto esto es cierto, que antes de marchar dejó un cuerpo de ejército á las órdenes del general Rayon, para que siguiera combatiendo á los realistas, mientras él volvía de su expedición. Solo un espíritu preocupado en favor del partido conquistador, puede dar una interpretación tan violenta á la marcha del caudillo; ningun enemigo picaba su retaguardia, ni iba en pos de él. El brigadier Calleja permaneció en Guadalajara, marchando despues para San Luis, el general Cruz se ocupaba en pacificar á Nueva Galicia; únicos jefes capaces de emprender serias operaciones sobre Hidalgo. No era, pues, la fuga el único recurso á que apelaba el caudillo para salvarse, como se ha pretendido inculcar por los enemigos de la independencia. Si en las combinaciones de Hidalgo hubiese entrado seguir luchando con los elementos que aún tenía, nada había que le hubiese impedido el paso, para marchar al Sur y unirse con el inmortal Morelos. Errónea y aún más indigna es la apreciación de este escritor, cuando dice *y sorprendido en su fuga muere miserablemente en un patíbulo*. Aquí el referido autor no solo incurre en un error, sino que aún parece ignorar el significado y fuerza de las palabras. No es lo mismo una sorpresa que una traición; en el primer caso, todo el mundo comprende que se hace referencia á un movimiento estratégico y bien combinado del enemigo para sorprender á su contrario; en el segundo, solo se vé la acción más infame, la más inicua del hombre que se vende, poniendo en manos de los enemigos á su caudillo. Acto de tal naturaleza en ningun caso puede lla-

marse sorpresa *sino traición*. En la nobleza de Hidalgo no cabía suponer tal infamia; ¿pero cuántos espíritus verdaderamente superiores, no son víctimas de la multitud de Júdas que los rodean?

Y muere miserablemente en un patíbulo. tales son al pié de la letra las expresiones de Alaman. ¡Oh! ¿quién pudiera borrar de la historia estas palabras? ¿Con qué el acto más heroico, el más sublime, el que casi siempre ha elevado á los hombres á la categoría de héroes, á ese acto se le llama morir miserablemente en un patíbulo? Esto es el colmo de la ceguera.

Siguiendo el historiador (en los párrafos siguientes) su propósito de hacer responsable al caudillo en todo, le atribuye los males que despues de cincuenta años hemos estado sufriendo. Hay tal exageración en lo restante de sus reflexiones, que realmente se perdería el tiempo si uno se ocupase en ir combatiendo cada una de sus ideas. Preocupado fuertemente este escritor contra los independientes, haría con gusto responsable al caudillo de los males que en siglos futuros puedan venir á México. Tal es el poderoso influjo que ejercen las pasiones, aún en las inteligencias más privilegiadas. Cierto es que males siempre produce una revolución á mano armada; males que es imposible el evitar, y mucho más cuando se trataba de un movimiento que tenía por objeto destruir hasta sus cimientos, una prolongada dominación. Defectos tendría Hidalgo, no rechazo este cargo que le hacen sus enemigos, pero defectos que en todos tiempos han sido propios, peculiares, de los hombres que nos presenta la historia como extraordinarios. Manchas, y grandes se ven en este caudillo, dicen sus adversarios, suponiendo sin conceder (en la extensión que se pretende darles), preguntaré yo á sus

detractores ¿por qué en el sol se descubren esas mismas manchas, deja por esto de ser el astro-rey?

Unido el capitán general Allende desde que se inició el movimiento en Dolores á Hidalgo y habiendo ambos corrido la misma suerte, espirando en el cadalso, todas las reflexiones que he presentado al lector, considerando á Hidalgo como caudillo, deben también entenderse respecto de Allende. Ambos se lanzaron con iguales recursos de guerra, ambos compartieron ya los honores del triunfo, ó las penalidades, trabajos é insultos del vencido. Puestos á la cabeza de aquel gigantesco movimiento, una sola idea, un solo pensamiento los guiaba, la independencia. Separados por exigirlo así las circunstancias de la guerra, vemos marchar á Hidalgo á Valladolid y á Allende á Guanajuato para organizar la defensa de aquella plaza, que á marchas forzadas se dirigía sobre ella para atacarla el brigadier Calleja, siendo ésta la única vez que el general Allende, se batió sin temor por compañero á Hidalgo. El lector impuesto ya del éxito de aquella acción, creo inútil repetir los mismos pormenores. Después de la desgraciada acción de Calderón, Allende toma el mando del ejército y sigue su marcha hasta ser hechos prisioneros en las Norias de Baján. Durante esta prolongada marcha, no sostuvo el general Allende, ninguna acción notable contra el partido realista. En consecuencia, aunque el general Allende, fué el segundo jefe de aquel movimiento y de tener más conocimientos en el arte de la guerra que Hidalgo, por ser esta su profesión, no se puede hacer una reseña particular y por separado de sus acciones de gue-

rra, por haber sido estas como ya lo he dicho las mismas en que estuvo Hidalgo como jefe Supremo, con excepción de la de Guanajuato. Escritores hay que atribuyen exclusivamente el buen éxito de las operaciones militares á Allende, despojando á Hidalgo de todo mérito, mientras que otros todo conceden á Hidalgo y muy poco ó nada Allende. Pero esto más es efecto de simpatías que de justicia. La Historia colocó ya á estos ilustres héroes en el punto á que se hicieron acreedores.

En el siguiente tomo presentaré al lector á un *Genio* verdaderamente *militar*, al inmortal Morelos.

FIN DEL TOMO II.